



A TRAVÉS DE LA PANTALLA

David Zorel

A TRAVÉS DE LA PANTALLA



Primera edición: diciembre de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© David Zorel

ISBN: 979-13-87909-82-6

ISBN digital: 979-13-87909-83-3

Depósito legal: M-27339-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Sherezade, la historia de mis verdades; la que nunca he tenido que escribir.

1. VACÍO

I

Cruza a toda velocidad y enfila una cuesta empinada desde lo alto de Sierra Nevada, en estilo libre, sobre nieve virgen. El sol declinante siluetea la sierra y se filtra por las agujas de los pinos, entre las salpicadas ramas que va dejando atrás a una velocidad vertiginosa.

Esquiva una cabaña de madera, un grupo de setos, un poste del teleférico que lleva los cables hasta perderse en la distancia; la gente, de la que cuelgan esquís y palos, graba con sus móviles desde las cabinas.

Y acelera el paso sobre la pendiente.

Desde algún lugar indeterminado suena *Runnin'* de Beyoncé al compás de las improvisadas piruetas que realiza al deslizarse sobre montículos blancos. Salta cada vez de forma más atrevida, y lo hace al ritmo del estribillo, que ha decidido, por alguna razón, seguir sus pasos.

Y sigue acelerando hasta caer por una quebrada llena de salientes de roca negra sobre la vasta nieve que todo lo cubre.

Y cae.

Más abajo, absorbe el impacto de forma profesional y baja en zigzag al tiempo que esquiva obstáculos naturales.

Y, de pronto, todo, desde el esquiador, que acelera su avance y se pierde en la lejanía, la quebrada negra sobre el paisaje níveo, los

árboles por nieve coronados, las cabañas, la gente diminuta que se amontona para subir a las pistas, Pradollano y sus tejados de pizarra —abajo, muy abajo, en el valle— y hasta la música, todo, de forma sincrónica y sin sobresalto, se *desliza* hacia arriba, y desaparece.

II

Un camino de losetas de pizarra desciende y se curva hasta la playa de arena dorada y espuma blanca. Los intensos verdes, rojos y violetas de las flores silvestres, a ambos lados del sendero, se van perdiendo conforme se alejan. Las olas, allá abajo, chocan contra las estribaciones de la montaña que se alzan a la izquierda, donde la bruma difumina el color de la flora.

Los naranjas, rojos y amarillos pintan un atardecer de un cuadro de Claude Lorrain.

Hay una chica joven, a quien le ondea un pelo rubio y liso. Camina despacio, de espaldas, y mientras baja hacia la playa la acompañan las notas de *Dreaming of the Crash* susurradas por una brisa que cruza de norte a sur; los agudos y graves dialogan al tiempo que la chica se vuelve y sonríe, alcanzada por el dorado contraluz.

De forma vertiginosa y, a la vez, natural, todo se levanta al unísono: el atardecer y sus colores, los dulces acordes, la sonrisa blanca y el pelo dorado que baila al son; todo se mueve hacia arriba como si fuese ese cuadro viviente y alguien lo sacara de su gancho de un tirón. De forma sutil y mecánica.

Todo se *desplaza*.

III

—¡Y *vamoh* con la criatura de la mitología *der* día de hoy, *queridoh seguidoreh* de Semos Historia!

—*Vamoh* allá. No vale *bubcar* en Google. Que te *conosco*.

—No se me ocurriría, chiquilla. —Guiña un ojo—. Y... *er* tiempo *empiesa* ¡ya!

Se oye el tictac de un reloj y un sintetizador que lo acompaña.

—A ver. Era un ser que se llevaba el oro y lo guardaba.

—¡Un banquero!

—No, que se lo llevaba *pa* esconderlo.

—¡Un político!

—Es una criatura *fantáhtica*, Andrés.

—¡La *Justisia*!

—El leprechaun —dice el padre mientras le da un codazo al hijo.

—Efectivamente, Andrés padre.

—La leyenda viene de *Escosia*, ¿no? ¡*Pa*, *débate* el micro, que *ebtá* bien!

—No. De Irlanda. Si somos más concisos, del condado de Louth, donde acaba el arcoíris. Según la leyenda.

La cara de la joven interlocutora muestra un gesto de sorpresa. Tres personas mantienen una conversación en vivo mirando al frente. Las separa una franja transparente en el centro que diferencia el escenario de arriba del de abajo.

En el superior hay una biblioteca tras los dos conferenciantes, con estantes laterales que se abren paso por un pequeño pasillo y otro al fondo repleto de libros iluminados desde arriba por una cálida luz.

En el inferior, tras la chica, varios anaqueles al fondo de una pequeña habitación en tonos verdes, con baldas blancas repletas de figuras de Funko.

Los tres llevan cascos con micrófono incorporado.

La joven, abajo, mueve el cuerpo sobre la silla giratoria. El que

habla arriba es un anciano de pelo blanco que viste traje pardo de tres piezas con cuadros grises. A su lado hay un hombre bajito y delgado vestido con una camiseta blanca con R2-D2 estampado. Sus facciones son similares a las del anciano: nariz aguileña, ojos saltones y piel llena de pecas oscuras con distinto grado de arrugas asociadas; ver a uno y otro con sus diferentes formas de entrecestrar los párpados por la miopía es observar el antes y después de décadas de autoencierro leyendo tomos viejos y libros nuevos.

El anciano habla de modo pausado, con solemnidad y melódica prosodia, con una dicción casi perfecta; casi, pues deja entrever, al descuidarse un tanto, un acento andaluz apretado y contenido entre paredes de convención académica.

—La leyenda nos narra que hasta allí llevaban su oro los leprechauns, a una cueva en el este, alrededor de Carlingford Louth, y que a ellos los mandaba un tal Kevin Woods, el último encantador de duendes...

Falla la conexión y el vídeo se congela unos segundos.

—¿*Háis comío* ya? —pregunta la chica ante el silencio.

—Nosotros no, pero tú te has comido tres letras, hija.

—¡*Pa!* ¡Pero *güeno!* —Lo mira a la cara, y para ello gira el cuerpo. De él ahora solo puede verse su perfil.

—Sopa de *letrah* —dice, sonrojada—. ¿Quién *dise* que es ese Robin Woods?

—Kevin... Kevin Woods, chiquilla.

Entonces los tres, junto con los anclados estantes, los cientos de libros, las sillas y sus cuerpos con todo el peso a plomo, al mismo tiempo, se *desplazan* hacia arriba como succionados por una aspiradora gigante.

Y desaparecen.

IV

Las notas de guitarra de *Shape of My Heart* lo impregnan todo.

Un hombre camina sin producir sonido alguno, gira el rostro y mira de forma directa; unos ojos con visos violáceos se entrecierran parcialmente, unos labios gruesos se estiran de modo sutil en una incipiente sonrisa; las puntas de unos dientes blancos aparecen de forma breve al abrirse la boca para lamerse el labio inferior.

Se detiene frente a un escaparate donde puede verse reflejado.

El hombre viste sencillo: con pantalón, camisa y zapatos negros, sin accesorios que permitan identificar sus gustos, o algo referente a su pasado.

Observa al maniquí tras su reflejo, de alta estatura y forma masculina, y recorre con la mirada el traje Brook Brothers oscuro con jersey de cuello alto, la bufanda roja, el abrigo largo a juego y sus botines brogue negros y pardos. Todo esto entre una brillante exposición con luz cálida.

Un instante después, mientras en la guitarra resuena una nota menor, sin atisbo de sobresalto, el maniquí lleva puestas sus prendas, y él va vestido con su traje como si con él hubiese llegado.

El bordoneo del bajo, el delicado ritmo de batería y la voz de Sting acompañan a la guitarra al tiempo que el hombre se mueve; vuelve la cara para mirar; sonríe. Camina de espaldas y se marcha, solitario, entre una bruma que lo envuelve de forma misteriosa. Mientras, su nuevo abrigo largo se balancea de izquierda a derecha y sigue su paso lento y relajado. Tiene la cabeza bien alta, como quien se merienda al mundo y aún tiene hambre a la hora de cenar.

Y todo desaparece, de nuevo, de manera suave y familiar, de manera común y corriente, como se abre una flor en primavera o se cae un niño pequeño al empezar a caminar.

Solo se *desplaza* hacia arriba.

V

Clin.

El ascensor llegó abajo y se abrió la puerta. Laia volvió en sí misma poco a poco; apartó la mirada de la pantalla del móvil. El hombre del último *reel* había conseguido remover algún mecanismo.

Por dentro.

Lo guardó, levantó la vista y miró a los ojos ámbar del espejo —dorados, decía su madre— a través de la suciedad acumulada.

Con los dedos, siguió el surco de sus ojeras, marcadas por horas acostada en la cama sin dormir, mientras daba vueltas a sus inquietudes. Detuvo la mirada en las uñas, que antes cuidaba y que ahora eran signo de su decadencia en materia de cuidado personal, de la pérdida de interés por algo que antes la preocupaba: verse guapa.

Las puntas del pelo abiertas, las canas que afloraban por las sienes, libres de toda represión. Se mantuvo la mirada, respiró hondo.

Salió del ascensor despacio. Se recolocó sobre el hombro el bolso pequeño de los utensilios y buscó acomodo para el paraguas, el bolso grande de los papeles, la bufanda y la chaqueta colgada del antebrazo, y salió hacia el trabajo.

Suspiró con la cabeza gacha mientras caminaba hacia el coche con la sensación incómoda en el estómago de tener cosas importantes por resolver; una sensación que le daba pequeños pinchazos, como si se hubiese tragado una aguja que se moviese a placer.

Y algo más que no supo identificar.

Vacío.

Nutriéndose de ella poco a poco.

VI

Laia chocó con una mujer.

Fue al entrar distraída en la cafetería del hospital de Elda al tiempo que tecleaba en su móvil a un ritmo prodigioso. Ni siquiera la miró; se dirigió a una mesa vacía sin dejar de escribir.

Así pasó varios minutos, y luego comenzó una fase diferente en la relación con su teléfono: deslizar el dedo hacia arriba por la pantalla de forma sistemática cada pocos segundos. Veía vídeos y más vídeos, todos cortos pero adictivos, con la capacidad de secuestrar su atención al mostrarle, de forma preferente, todas aquellas cosas que más le gustaba ver: grandes paisajes naturales que nunca olería, deportes de adrenalina que nunca se atrevería a probar, ciudades lejanas a las que nunca iría y que le dejaban siempre la amarga sensación de estar perdiéndose algo. A las afueras de todo.

El camarero se acercó y Laia le pidió media tostada y un café. Antes de bajar la vista miró a su alrededor. La cafetería la llenaban, sobre todo, trabajadores solitarios del hospital, abstraídos en sus propios dispositivos electrónicos, de los que no apartaban la vista, como ella, si acaso para lo imprescindible. Huían de la posibilidad de que una mirada iniciase una conversación, como si todo lo que cada uno deseara estuviese en esas cuatro pulgadas de pantalla anclada a las manos de cada uno; habían pasado de ser abejas colectivas, pensó, a ser mantis solitarias que solo buscan el contacto para la reproducción.

Solo había una chica que leía en un rincón una novela desgastada.

Laia suspiró. Le vinieron recuerdos de cuando era más joven y leía por horas novelas de Megan Maxwell, Corín Tellado o Danielle Steel; se introducía en esas pasiones del género romántico y forjaba la idea de cómo sería el amor.

Pero de eso hacía mucho tiempo. Ahora ya no leía; el móvil había suplido ese espacio.

A pesar de que Laia se daba cuenta, no tenía intención de cambiarlo, y, aunque le llegara la intención por algún tipo de revelación

mística, no se vería con fuerzas para llevar a cabo un cambio significativo al respecto.

Antes de devolver la vista, como el resto, hacia el motivo de su adicción, le llamó la atención un hombre alto sentado en la barra que hasta entonces había pasado desapercibido. Estaba de espaldas a ella, bebía un sorbo de café en ese mismo instante. Su espalda era imponente.

En la radio empezó a sonar *Big Jet Plane* a un volumen bajo, acompañada por toda una orquesta de entrechocar de platos con vasos y cucharillas de café; el *panarello* de la cafetera emulsionaba la leche a temperaturas insospechadas, dando los tonos agudos.

De alguna manera le resultaba familiar, pero el contexto no la ayudaba a recordar por qué: el abrigo largo de lana, los zapatos negros con una franja parda, la bufanda roja rodeándole el cuello.

El hombre se giró poco a poco, como si percibiese que lo observaban, y la miró a los ojos. Y ya no apartó la mirada. Unos ojos extraños, de iris violáceos.

El hombre del vídeo.

Los ojos de Laia expresaron el impacto de la sorpresa, y le empezaron a temblorar las piernas; su mirada se volvió huidiza, sin encontrar un destino donde sentirla segura. Un torrente de sangre fluyó bajo su piel, y fue consciente de que se sonrojaba. Esto no la hizo sentir mejor.

Su forma de mirarla era intensa; algo muy poco común, pensó Laia, pues todo el mundo apartaba la mirada después de un rápido vistazo. Incluso aunque la otra persona le resultase atractiva, por respeto, por vergüenza, por incomodidad, o por un conjunto de estas, al final siempre se acababa apartando la vista. Pero aquel hombre, en vez de dejar traslucir alguna emoción que mostrase inseguridad o incomodidad, le sonrió desde la barra con toda naturalidad.

Se levantó despacio, con aplomo, sin dejar de penetrarla con la mirada, y ella se tocó el pelo en las puntas abiertas. Luego se tapó brevemente la cara y, finalmente, escondió las uñas. Mientras se

acercaba se sintió como si la apuntasen con un gran foco sobre un escenario.

Con paso grácil, llegó a su lado. Mantenía una sonrisa sutil que extendía hacia afuera sus gruesos labios; esa mirada entrecerrada con densas pestañas hizo que los labios de ella aflojaran la presión.

«Sensual». Eso pensó.

Se había acercado como quien lo hacía, no hace mucho, a pedir fuego o, hace mucho, a bailar, y apreció su olor dulce y sugestivo a lavanda y vainilla, que encajó tan perfectamente con sus filias olfativas como si dos pequeñas llaves de una caja fuerte entrasen en sus respectivas cerraduras de camino al cerebro.

Lo miró desde abajo algo encorvada, tragó saliva.

—Emmm. —Le salió un falsete—. ¿Sí?

Esos ojos violáceos tenían vetas en movimiento de un blanco eléctrico, electrónico. Aquellos labios carnosos se abrieron un poco. Para decir algo, quizás.

No dijo nada.

Sonrió, bajó la mirada, le acercó una mano al hombro a la vez que inclinaba el cuello de forma sutil. Ella se dejó hacer.

La música sonaba más alta, no sabía por qué; Laia no veía al camarero que pulsaba insistentemente el mando a distancia.

La mano del hombre misterioso estaba a apenas un centímetro del hombro, detenida, y ella deseaba sentir su tacto. No sabía por qué, ni se preguntó qué ocurría ni las consecuencias que aquel preludio de algo fuera de lo común podría traer a su vida.

Sin embargo, como dentro de un paréntesis donde desprenderse brevemente de la monotonía, quería experimentarlo; a pesar del escalofrío que sintió, a pesar de las miradas furtivas que surgían del resto de mesas, todas liberadas, de pronto, de la abducción de sus móviles por el rumor que aquello levantaría.

Todos allí sabían de su marido. Y de su hijo.

Tragó saliva. Sintió un hormigueo caliente que le recorría el pecho y los brazos, concentrada su mirada, sin disimulo, en esos labios un poco abiertos, húmedos tras pasar la lengua por ellos. Su

media sonrisa, que incitaba a la interacción, su mirada profunda y misteriosa (que no se distraía con nada por fuera de sus ojos del color de la miel) la hacían sentir especial, deseada. Había creído que nunca volvería a sentirse así.

El dulce y placentero hormigueo que le erizaba el vello, antes siquiera de producirse el contacto, como si estuvieran conectados a través de varios electrodos, hizo que cerrara los ojos un instante.

Y, de pronto, todo: su mirada galvánica, su apostura, la cafetería, con su repiqueteo constante y sus clientes, y hasta el compás de la música, todo, junto a una creciente sensación de vértigo que le surgió del estómago, se *deslizó* hacia arriba.

2. ENGRANAJE

I

—Chica.

Levantó bruscamente la cabeza de la mesa, con una servilleta impermeable pegada a la frente. Esta danzó en el aire hasta el suelo con el mensaje: «No se trata de dónde estés, sino a dónde quieres llegar».

El camarero le estaba tocando el hombro. Sostenía en la otra mano un plato con media tostada de jamón york y queso y, en la boca, una sonrisa torcida.

Se había dormido. El hombre no había estado allí.

—Lo siento —susurró. Se recompuso, colorada, ante la mirada de los clientes.

—Aquí es lo normal. La semana pasada se quedó dormido el anestesista. Menuda risa. Turno de noche, ¿eh?

—Sí —suspiró.

No había estado en el turno de noche, pero sí era cierto que llevaba semanas durmiendo poco y, lo poco dormido, de la peor manera. Los pensamientos surgían a borbotones en el momento en que su cuerpo se quedaba quieto en la cama, al lado de su marido; recapitulaba una y otra vez sobre todo lo que había hecho en su vida, y lo que no. Buscando por alguna parte aquello que llamaban felicidad.

Ya habían dejado de mirarla; todos devolvían la atención a sus teléfonos. Miradas cortas, huidizas; por respeto o por vergüenza, por incomodidad. Por cobardes.

Pero él no estaba.

Se acordó del *reel* que había visto en el ascensor aquella mañana. Desbloqueó el móvil y accedió al contenido guardado con el corazón palpitante. Empezó a reproducirlo al ritmo de Sting, y allí estaba la tienda de ropa, el maniquí, la calle adoquinada y la niebla.

Pero ni rastro del hombre misterioso.

II

Deslizó el dedo hacia arriba, buscando. Y buscando.

Una y otra vez.

La oscuridad en el salón era parcial, irradiada por cuatro fuentes de luz plateada claramente identificables: la televisión contra la pared, su móvil —a un lado del sofá— iluminándole el rostro, el móvil de su marido y la *tablet* de su hijo, sentado en la alfombra.

Laia, a hurtadillas, pasaba el dedo por la pantalla, hacia arriba, de forma cadenciosa. Ya no se detenía un solo instante ni en los vídeos de esquiadores ni en los de pintura ni en los hermosos paisajes acompañados de melodías clásicas. Solo pasaba y pasaba con nerviosismo.

«¿Dónde estás?», pensó.

Sabía que había sido un sueño, fruto del cansancio de la noche anterior, pero aun así tenía la absurda esperanza de volver a ver al hombre del *reel*.

El hombre del *reel*.

Mientras lo pensaba sentía una especie de complicidad, como si tuvieran algo especial en el silencio de sus pensamientos. Algo secreto e indecente que en su mente se idealizaba por momentos y la llenaba de luz y color, a la vez que desteñía en tonos grises su vida real.

Se agitaba por dentro al pensarlo. ¿Cómo podía haber sido un sueño?

Aun así, allí estaba: soñando despierta.

—¡Me *cagüen* la puta! —bramó su marido.

Levantó la vista. Estaba al otro lado del sofá, replegado sobre su propio móvil; seguía un partido de fútbol en una aplicación de apuestas deportivas. Ni siquiera estaba viendo el partido, solo los cambios que en este se producían y que la aplicación reflejaba de manera interactiva, con muchas lucecitas, al más puro estilo de una tragaperras: con su programa de reforzamiento parcial manejándolo como a una rata de laboratorio.

—No se dice «puta» —lo reprendió su hijo, que segundos antes había estado mirando la *tablet* sin parpadear.

El niño estaba rodeado de juguetes abandonados en la alfombra de felpa, sustituidos por seductoras imágenes en movimiento.

El padre miró al hijo, pero este ya había confinado su atención en la gran pantalla plana de cincuenta y cinco pulgadas con Dolby Vision, donde Bob Esponja cazaba medusas entusiasmado. Esta atención combatía a intervalos variables con la prestada a la *tablet*, donde se reproducía un vídeo de coches que chocaban y derribaban cosas.

Laia miraba a su marido con cierto desprecio. Bajó la vista hacia su móvil al tiempo que él la levantaba y la miraba, como si el mecanismo de las ruedas dentadas de un reloj fuese la metáfora del funcionamiento de esa casa, girando cada una de forma sincronizada en direcciones opuestas.

Miradas huérfanas que no se cruzaban, perdidas en el olvido.

Esa interacción diaria movía sus vidas; una familia reunida bajo el mismo techo, pero desconectada, desconocida y desatendida en el día a día. Las cosas funcionaban, a pesar de todo —o eso se decían—: llevaban al niño al colegio, hacían las tareas del hogar, llegaba el dinero para pagar la hipoteca y las compras a plazos.

Sin embargo, cuando tocaba sentarse y hablar existía un abismo, una sima atencional de la que no habían sabido salir y que había cristalizado. Cada uno encerrado en su propio mundo, atrapado por lo que la tecnología ofrecía para llenar su vacío.

Miró a su hijo, atrapado por los vivos colores en movimiento de los dibujos animados, y sintió un nudo en el estómago.

¿Qué estaban haciendo con sus vidas, como padres, como matrimonio?

Miró a su marido, que hizo un gesto de rabia ante un cambio en la aplicación: alguien había marcado un gol.

Jorge aún tenía la esperanza de ganar tanto dinero con las apuestas como para dejar un trabajo que no le gustaba. Que odiaba, más bien. Cuando llegaba de trabajar veía vídeos y más vídeos

de eruditos que afirmaban tener estrategias eficientes para ganar dinero con las apuestas deportivas, y las vendían a cambio de una suscripción mensual. De pago. Pero a la hora de implementarlas, los únicos que ganaban dinero eran estos expertos, y no por las apuestas que realizaban con su método, sino por las suscripciones de su rebaño, a quienes habían conseguido engañar. Y, con más mérito aún, retener, a pesar de la falta de resultados a largo plazo.

—¡Gol!

—A ver si metes tú uno alguna vez —dijo entre dientes.

Negó con la cabeza, suspiró. Él no la miró.

Su hijo se volvió hacia ella por puro instinto, y vio unos ojos entristecidos que bajaban otra vez al abismo que los separaba.

El concepto de matrimonio daba vueltas en la cabeza de Laia. Entretanto, veía sin prestar atención el pasar de los vídeos por delante de aquellos ojos rojos.

Hacía meses que no hacía el amor con su marido. Los coordinadores de los turnos de él en la cantera y los de ella en el hospital parecían estar en constante contacto para que nunca coincidieran. Y luego estaba la rutina, el niño y esa adicción a los dispositivos electrónicos que los había convertido a todos en desconocidos. Extraños que no se miraban a los ojos, o que lo hacían sin verse, sin conocer los sentimientos del otro más allá de lo superficial.

Era como un ritual: hacer las tareas del hogar, encender la televisión, echar mano del móvil y a funcionar en automático. Frases cortas, respuestas cortas, rutina y una buena dosis de pantallas antes de dormir.

—Marcos, ¿vamos a la cama, cariño? —preguntó en el momento en que la culpabilidad consiguió abrumarla, y se dio cuenta de que Jorge la miraba. Ambos lo hacían, al fin. Laia dijo, sin decir, con los labios apretados, palabras hirientes que Jorge no consiguió entender. Comentó que algo no estaba funcionando. Jorge, por su parte, sonrió y volvió a su juego.

Marcos ni siquiera había contestado. La mirada perdida, la postura encorvada bajo un cuello desplomado hacia atrás, la boca

abierta casi en la primera fase del sueño. Diagnóstico: abuso de pantallas.

—Venga, cariño. Vamos a la cama.

Iba a bloquear el móvil antes de levantarse, pero el dedo se le quedó clavado encima del botón sin poder pulsar.

Unos ojos misteriosos, de un violeta eléctrico, volvían para golpearla y llevarla a la locura.

El corazón empezó a palparle tan rápido que temió que Jorge se sobresaltase del pum pum frenético, como si un grupo de tamborileros ilunenses motivado martilleara a tan solo un metro de él. Ni siquiera pudo apartar la vista para observar a su marido y comprobar si aún la miraba. Se quedó inmóvil, con los dedos apretando aquel núcleo de emociones hasta que se le blanquearon las falanges.

Algo frío le recorrió la espalda de abajo arriba, y algo caliente cruzó del estómago al vientre; esta vez no caminaba por una calle o una cafetería: esta vez la miraba directamente en un primer plano sobre un fondo oscuro. El color de sus extraños ojos quedaba enfatizado por el filtro de luz de la aplicación. Le pareció que decía algo, pero el móvil estaba en riguroso silencio. Solo lo vio mover los labios, muy despacio, y le pareció que estos perfilaban, de forma seductora, la palabra *Laia*.

Atinó a bloquear el móvil y se levantó tan rápido que fue a parar a varios metros del sofá. Y allí se quedó. Pasó por encima de los juguetes esparcidos por el suelo en su huida al baño, y cerró con pestillo. Con las piernas temblorosas, se miró al espejo para reflexionar.

«Para, para», se dijo, e hizo *stop* al mundo con un gesto de la mano. Cerró los ojos un instante. «Si lo he soñado, ¿por qué lo vuelvo a ver despierta?». Sintió el huracán de nervios creciendo en forma de escalofrío a medida que surgía la siguiente pregunta: «¿Me estoy volviendo loca?».

Su respiración se desbocó, y la relación amistosa entre el oxígeno y el dióxido de carbono se rompió, produciéndole una súbita

sensación de mareo. No podía respirar. Veía su mirada de pánico en el espejo. Algo estaba a punto de romperse en su cabeza. Se dejó caer en la taza del váter, intentando contener su atolondrado respirar.

Con la mano en el pecho y la mirada desenfocada, fueron pasando los minutos hasta que el vientre empezó a hincharse y deshincharse de forma más profunda y controlada. Agotada física y mentalmente, volvió al espejo: esos ojos dorados llenos de lágrimas la miraron suplicantes.

Regresó al comedor despacio; arrastraba los pies, los brazos caían flácidos. Su gesto, lejos de mostrar neutralidad, evidenciaba una tensión muscular por debajo de lo normal, una expresión que la hacía parecer enferma. Con ella puesta, se quedó plantada delante de su marido y su hijo, sin decir nada. Aguardó.

Y nada.

Esperaba que la mirase alguno de los dos. Quería gritar para llamar la atención. Una llamada de socorro. Contarles lo que había experimentado aquel extraño día después de tantos otros de rutina en los que no había pasado nada. Una gran *nada*.

Llena de vacío.

Y luego, el otro extremo.

Sentía la necesidad de que la escuchasen. Aunque la llamasen loca.

«Mírame», suplicaba de forma tácita. «¡Mírame!», gritaba esa mirada enrojecida en llanto.

Cerró los ojos de cansancio, derrotada; se masajeó la frente con una mano. Y, mientras lo hacía, su marido levantó la vista un momento para observarla con curiosidad.

Cuando ella los abría, el móvil lanzó un pitido.

—¡Gol!

Laia cogió a su hijo en brazos con delicadeza, y este se dejó hacer. Apoyó la cabeza en su hombro y ella le acarició el pelo. El tacto mullido de este, su olor, el calor de una piel contra la otra y el tacto del suave pijama de algodón la reconfortaron. Abrazar a

su hijo siempre le proporcionaba un paréntesis de paz donde no entraban los problemas.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Jorge revisaba unos *tickets* que tenía ordenados sobre una mesa baja de madera de Ikea, con el gran cuerpo en tensión echado hacia delante.

Madre e hijo se marcharon a la cama, y la cabeza de Laia se convirtió en el escenario de un concierto de pensamientos de metal, a la vez que el niño sucumbía al sueño al abrigo de su protectora; mientras, Jorge se perdía entre tanto número en busca de su droga, con el corazón espoleado por una gran expectativa.

Y Laia... Laia empezó a sollozar.

A escondidas.